

FORTIN TEMUKO

*Feymew ta (Nawelwen) ina
Temuko
mapu mew akuy.
Faw fentren mapu ta perpay,
fūtrake lelfün, wūntrunko ka
tutelu mawida.
Rukawpay ta ñi pu kona
engün. Felefuy dungu kuyfi;
wūnelu mew kompufuy ta doy
pūllelechi lonko mew müten.
Fūtra lelfün mew dewmay ta
ruka
Temuko pingefuy feychi lelfün.*

*Entonces (Nawelwen) llegó a
Temuko
Aquí encontró mucho terreno
desocupado, con lomas*

*descampadas, esteros y
bosques.
Hizo casa con otros que lo
acompañaban. Así era antes;
sólo
había que pedir permiso
algunas
veces al cacique más cercano.
Hizo casa en unas lomas, en
la
comarca que se conocía con
el
nombre de Temuko [un poco
al
poniente de la ciudad del
mismo
nombre].*

*(“Lienan ñi che, Temuko mew” (la familia
Lienan de Temuko, por Ramón Lienanen
Guevara, Tomás & Mañkelef, Manuel; 2002
[1912]:97)*

El día 28 de enero de 1881 arribó a Angol – por aquel tiempo la puerta de entrada de la campaña de invasión chilena del país mapuche - el ministro de Interior, Manuel Recabarren. Hacía pocos días que los soldados chilenos habían entrado victoriosos y disolutos a Lima, Perú, con lo cual en los hechos, se ponía fin a la Guerra del Pacífico y junto a ello, Chile anexaba a su soberanía territorial un vasto territorio en el extremo norte. Faltaba entonces incorporar la Araucanía mapuche hasta entonces para los poderes chilenos, vergonzosamente independiente; había que hacerla rápidamente parte del nuevo y rimbombante mapa estatal. Por la razón o la fuerza.

Un ejército de más de 2000 soldados y 336 carretas aperadas con todo lo necesario para ocupar y poblar el territorio anexado, se aprestó entonces a poner en ejercicio la última etapa de la guerra de ocupación: el avance de la línea de frontera hasta el río Cautín. Así desde el 8 de febrero, fecha en la cual dicho cuerpo se puso en marcha, desde Traiguen se fueron levantando consecutivamente los fuertes de Quino, el día 12; Quillén, el 16; Lautaro, el 18 y Pillanlelbun, el 21 de febrero.

En seguida, la caravana enfiló su rumbo hacia el sur, avanzando por un paisaje cubierto de bosques ancestrales, en medio de los cuales ardían las rukas de los habitantes originarios, temerosos de ver cómo se acercaba la tropa chilena.

La especialidad de las anteriores “entradas” de los destacamentos chilenos era hacer rápidas incursiones punitivas a sangre y fuego, donde se eliminaba a quien opusiera resistencia, se quemaban habitaciones y sembrados y se robaban cientos de cabezas de ganado, la base de la economía mapuche autónoma.

Pero esta vez las intenciones eran distintas. La expedición actuó repentina e inesperadamente para los longko, quienes no tuvieron casi tiempo de reaccionar. Ya no había espacio ni para enviados protocolares ni parlamentos engañosos, donde aunque fuera como parte de una falsa pompa, los jefes mapuche eran tratados, como afirmó el mismo Recabarren, de “potencia a potencia”. Esta vez la expedición iba a tomar posesión, a quedarse, habitar en el territorio. Hacer “patria”.

Dice Teodoro Schmidt, el ingeniero venido de Alemania, jefe de la Comisión Topográfica, que integraba la comitiva y cuya misión era la de medir y clasificar el nuevo paisaje intervenido:

“el 19 (o 20) acampaba el Ministro señor Recabarren en el sitio ocupado hoi por la Estación del ferrocarril i la Compañía Maderera Malvoa, i durante dos o tres días se estudió el lugar donde debía echarse las bases del nuevo pueblo que es hoi la floreciente ciudad de Temuco.

Ya se habia resuelto fundarla en el mismo punto donde el señor Ministro fijó su campamento; pero a indicación del que habla, que encontró esa situación inadecuada, se convino en que el pueblo se trazara, -i fué trazado por mí acompañado de 20 soldados, el día 24 de febrero i en una mañana nebulosa, el recinto del cuartel i las avenidas Vicuña Mackenna i Arturo Prat, donde hoi se encuentra, i dando con esto por fundado el pueblo de Temuco.

(Entrevista a Teodoro Schmidt en Diario "La Epoca" de Temuco, 24 de Febrero de 1914)

De nada sirvieron las súplicas y peticiones posteriores de los longko Coñuepan, Paillal y Painemal quienes se presentaron con su gente ante el ministro Recabarren, al mismo tiempo que la soldadesca excavaba los fosos y levantaba el cerco de troncos: de no pasar más adelante y no fundar fuertes. La razón de la fuerza estatal chilena se había desplegado con toda su parafernalia.

Así, Fortín Temuco, que no sólo es la plaza fuerte del pueblo – ciudad capital de la Araucanía, sino que la alegoría de una estrategia interétnica, se erige cual escisión de sentido geopolítico encima del paisaje originario, como un estatal y concluyente gesto interventor que se hizo extensivo en el tiempo, en su implícita metáfora. Zanja y muro, bloqueo bidimensional construido en su origen, para defenderse de las eventuales sublevaciones mapuche, pero que con los años se han constituido en frontera imaginaria que separa, enclaustra a unos de otros; los de dentro y los de afuera, los de abajo y los de arriba, también entre ellos mismos. Un pueblo - ciudad que con los años se va instituyendo de ciudadanos circunstanciales (como el Neruda de la niñez y

adolescencia, y la Mistral tras su fugaz y complejo paso por un año, en 1920), en torno al foso y la empalizada fundacional de ahí en más y por los siguientes 129 años.

Hasta ahora mismo, de seguro.

Fortín Temuco se extendió entre el miedo disfrazado de desprecio (o viceversa) hacia los habitantes originarios de los extramuros. La temida sublevación se concretó de hecho en un acto final en los primeros días de noviembre de ese mismo 1881, más tarde inundó las conciencias y los temores de los afuerinos hasta bien entrado el siglo XX. A la hipótesis de la probable insurrección mapuche le convenía ver a los indígenas inexorablemente “fuera” de la estacada.

“Anoche comunicásemme que los indios desde Lolen a la costa fraguaban un levantamiento general (...)Anoche a las doce recibí telegrama del Gobernador de Imperial comunicándome que familias de los campos llegaban en gran número a la ciudad, alarmadísimos, anunciando que tendría lugar esa noche levantamiento indígena, i pedían refugios en policía i casas particulares”. (Temuco, noviembre 16 de 1902, telegrama del Intendente de Cautín, J. Urrutia al Ministro del Interior i de la Guerra, La Moneda)

Documentos sobre Rumores de alzamiento de indígenas, Intendencia de Cautín, Archivo Regional de la Araucanía, Vols. 27-28)

Las primeras décadas del siglo XX fueron lentamente transcurriendo en la Frontera. Las usurpaciones y la violencia consumadas, con los poderes estatales y privados instaurados, fueron camuflando los miedos iniciales en desprecio metafórico en la empalizada trastocada en “cinturón suicida”:

“...Temuco está rodeada por un cinturón de propietarios indígenas...es el cinturón suicida que estrangula la vida económica de la capital de la Frontera....[es] un problema tangible, latente y que se viene palpando cada vez con mayor relieve, a medida que el progreso, la cultura y el crecimiento de la cantidad de habitantes de esta metrópoli zonal, ponen en mayor contraste la necesidad de hacer producir científicamente e intensivamente los terrenos feraces que rodean Temuco y que desgraciadamente están en manos de propietarios indígenas....una ley de excepción es urgente para desalojar a los indígenas de los terrenos del interland de Temuco, que ellos no saben explotar en cultivo intensivo y científico....”

(Editorial del El diario Austral de Temuco, 4 de junio de 1940)

Así arribamos a estos, nuestros tiempos. La urbe desaforada que ya ha devorado en sus fauces a gran parte de aquel “cinturón”, que se ha ido desplazado cada vez un poco más hacia el interior de lo que queda de sus reducciones. De cierta forma además, se han erigido ya unas especies de otras reducciones en la periferia de la ciudad – fortín, donde han ido a parar aquellos habitantes originarios que a diario son expulsados por las carencias campesinas. Mientras, desde los campos aledaños a Temuco (ko) entran y

salen cotidianamente sus habitantes a abastecer de sus productos la demanda ciudadana. Ahora los fantasmales insurrectos de principios del 1900 se han camuflado en la “caserita”; el “hombrecito”; la “mapuchita” del perejil y las tortillas de rescoldo.

Pero a veces, de seguro más de lo que los habitantes quisieran, los mapuche, esta vez organizados en torno a diversidad de expresiones, tradicionales y no tradicionales, rurales y urbanos; ocupan las calles centrales de la ciudad ya no para vocear sus verduras. Los hacen para reclamar atropellos y demandar derechos. Entonces, tal vez algo de los fantasmas de la probable insurrección de hace 100 años tiende a aparecerse en el imaginario fronterizo.

Es lo que ocurre mucho más recurrentemente de lo que quisieran los temuquenses desde hace por lo menos unas dos décadas a la fecha, cuando en una suerte de circuito instituido, cada vez que en pro de las muchas reivindicaciones pendientes, se realiza una movilización mapuche por las calles céntricas del Temuko, capital de la Araucanía y epicentro del denominado “País Mapuche”. Así, con “K” se le escribe ahora, como lo ha rebautizado el movimiento étnico contemporáneo para la simbólica recuperación del paisaje inaugurado por Nawelwen.

En una especie de circunvalación que comienza y termina en una plaza que los carteles oficiales denominan como Teodoro Schmidt, el mismo que trazara el fortín y las primeras calles temuquenses, pero que la gente del *movimiento* en el último tiempo ha dado informalmente en llamar Lautaro, toda manifestación mapuche de estos tiempos recorre las principales arterias de la ciudad finalizando siempre, poco después del mediodía, frente al edificio de la Intendencia en calle Bulnes, al lado de la plaza principal y donde usualmente una delegación de dirigentes entrega una carta dirigida a la primera autoridad regional.

Resulta también habitual que los transeúntes comunes, que raudamente deambulan a esa hora por las veredas de ese sector, observen ajenos pasar las irregulares columnas de manifestantes y que más aun, miren con un dejo de frialdad el bullicioso espectáculo expuesto ante sus ojos. Al contrario de lo que sucede en otras ciudades del país, donde la causa mapuche es popular y hasta “taquillera” quizás, aquí son contadas con los dedos de una mano las veces en que se haya visto en esas personas siquiera un ademán, un gesto explícito de aprobación a las heterogéneas hileras que por un rato suspenden el recorrido de gentes y vehículos y en las que se entremezclan campesinos, estudiantes, trabajadores y profesionales mapuche, además de un sinnúmero de aliadas y aliados de la causa, provenientes de algunas organizaciones sociales y los márgenes de la sociedad local.

A juicio preliminar de un espectador externo, no queda inmediatamente en evidencia si semejante actitud es reflejo de un sentimiento de molestia o un simple desinterés por esos ciudadanos, que al ritmo de *kultrunes* y *trutrukas* inconfundibles, enarbolan a grito en cuello las urgencias de un conflicto que hoy en día duele e incomoda a más de alguien por estas tierras.

Incluso asumiendo que tras las miradas de esos peatones se vislumbra implícito un rechazo aun no verbalizado frente a las exigencias de un sector de la sociedad regional que ha sido visto tradicionalmente como inferior, como “mapuchitas (os), he llegado a pensar con insistencia que en el fondo de esos ojos huidizos se esconde solapado y guarnecido una peculiar variante de aquel miedo de 1902. Informe e irracional, como es todo temor a aquello que desde siempre se ha despreciado y tergiversado, lo que está detrás de la empalizada o el “cinturón suicida”, o quizás temor a un eventual anuncio de futuros ajustes de cuentas, que hipotéticamente se escondería tras los *marichiwew* y los enérgicos discursos de los líderes indígenas.

De esta forma, es a esta altura ya lugar común que al primer indicio de “revuelta” mapuche por las calles del *down town* temuquense, raudas se cierran las cortinas de locales comerciales y a toda carrera se escabullan del alboroto oficinistas, señoras y hasta los simples curiosos que lo único que quisieran es estar lo más lejos posible de la protesta.

Reiteradas dichas movilizaciones en esta etapa de “conflicto mapuche” - como lo denomina la prensa regional y nacional - profunda y flagrante resulta sin embargo la contradicción que a ojos vista de los enemigos de la causa originaria (potentados, “pacifistas” o simples arribistas) crudamente reveladora se desenvuelve en semejante trance. Sucede que mediatizada por una extraña metamorfosis, por entremedio de los múltiples intersticios fronterizos, en cada evento de estos pareciera como si con ademanes transformados, se introdujeran al núcleo del poder regional los mismos rostros morenos y de ojos achinados que cada mañana vocean verduras en la Feria Pinto o que sigilosa y mansamente podan jardines o cuidan niños por las cercanías de la avenida Alemania y el barrio Inglés.

Paradoja generalizada, que aparenta perseguir a personas y circunstancias, el rostro de doble faz que en esta zona rodea a la población mapuche media en el imaginario colectivo *wingka* entre una anhelada sumisión colectiva derivada de la derrota y la grosera violencia infligida, que hace un poco más de un siglo delineó el contorno sociohistórico a la región; la esencia y carácter asimétrico de las denominadas relaciones interétnicas mapuche/*wingka* contemporáneas, alcanzando incluso en su conflictividad las relaciones internas entre mapuche. Conflicto integral, que en más de un sentido, cual telón de fondo, pone hoy en tela de juicio nada menos que el tema de la propiedad de la tierra y la convivencia interétnica de toda una región.

No es simple casualidad tampoco que sea precisamente en la capital regional de la Araucanía donde el conflicto encuentre hoy su mayor caja de resonancia. Temuko, ciudad desde hace unos años propagandada como una de las urbes de mayor crecimiento demográfico en Sudamérica, es a la vez capital de la región más pobre de Chile, donde se encuentra proporcionalmente el mayor endeudamiento y desigualdad social y en que la masiva presencia mapuche no se puede disimular. La concentración económico social de un Chile en pequeña escala quizás.

De súbito renace en estas instancias, foso y empalizada del fortín militar de Recabarren, emplazado estratégicamente como culminación de la campaña de ocupación del territorio histórico indígena. Centro del tradicional territorio *Wenteche*, en 1881 Temuko pertenecía a la territorio del linaje de los Lienán¹, hijos de aquel Nawelwen fundador, que en una sola generación había establecido el control territorial basado en las alianzas parentales que caracterizaban a la sociedad mapuche independiente. Temuko, ciudad fortín, a comienzos del siglo XX se fue poblando (de 7.708 en 1895; 30.000 a mediados de 1920; hasta 304.000, en 2002), sólo cuando la amenaza de una probable insurrección lentamente se fue desdibujando en medio de la rudeza masiva de usurpaciones y corridas de cerco, a comienzos del siglo XX. Algo de ese temor subconsciente a un probable renacer de aquellos heroicos guerreros Araucanos de Ercilla, luego sometidos a sangre y fuego por las armas de la República y que transformados en el “cordón suicida” del diario Austral de 1940, versión que por ser políticamente incorrecta se reproduce hasta hoy en los círculos de la informalidad, aun ronda por estas calles y avenidas con pretensiones de megalópolis.

Cuando las recuperaciones crecen, el conflicto aumenta de intensidad – hoy mismo, 9 de septiembre de 2010, ad portas el bicentenario chileno, con 36 ciudadanos mapuche en huelga de hambre en su día 60, en distintas cárceles de las regiones del Bío Bío, Araucanía y Los Ríos - y l@s mapuche de hoy y sus aliados copan en grandes movilizaciones las vías centrales de la ciudad, una cierta imagen inquietante y perturbadora se pasea con inusual intensidad por entre el cemento y las cadenas de malls que han cubierto el antiguo mallín tapizado de Temus donde actualmente se emplaza la ciudad. Es que para demasiada gente de estos lados, con intereses creados o imaginarios, resulta intolerable aquella transmutación manifiesta que quiere reaparecer cada vez con más intensidad, en una realidad que por lo bajo es alimentada bajo la forma de una fantasmal y recurrente pesadilla en la que toman parte tanto los de afuera como los de dentro del “cinturón suicida”. Algo así como si un peculiar Fredy Kruger, esta vez ataviado con manta y *trarilonko* apareciera en medio de la húmeda bruma de una noche invernal y en el acto decidiera vengar de una sola vez tanto oprobio acumulado...

Algo así como esos ciudadanos y ciudadanas temuquenses que pasan al lado de los manifestantes por la causa mapuche de hoy. Al lado de la acción de arte que jóvenes solidarios han realizado en distintos puntos de la ciudad en estos días. Ver <http://www.youtube.com/watch?v=arzcw-rSvs&feature=related>; <http://www.youtube.com/watch?v=UhyS6nuqeQc&NR=1>; <http://www.youtube.com/watch?v=KjvRfkDoPTE&NR=1>; <http://www.youtube.com/watch?v=ZIX2YEG2XDg&feature=related>, entre otros.

Esos ciudadanos y ciudadanas que fingen no ver lo evidente y prefieren encerrarse en el refugio inalámbrico de una supuesta conversación vía teléfono celular en donde tal vez comentarán con sus amistades, el programa de la tv; el último video de los 33 mineros o lo terrible que va a ser estar los 4 días feriados de la semana bicentaria con los malls y supermercados cerrados....

¹ Jefe mapuche, antiguo dueño de las tierras donde hoy está la ciudad de Temuko

José Ancán Jara*
Septiembre de 2010.-

** Licenciado en Historia del Arte, Master en Antropología.